

desde el diván

El malentendido de la homosexualidad*

Ma. Antonieta Torres Arias

La homosexualidad es uno de los aspectos de la vida interior del ser humano, de su constitución como sujeto sexuado. Nos equivocamos con ella porque sin cesar busca afuera un objeto de deseo. Ese objeto responde a la interioridad del deseo. El objeto no preexiste en el sujeto, sino que su preexistencia está inscrita más allá de él mismo. Freud escribe al respecto:

El objeto no está enlazado originalmente a la pulsión, sino subordinado a ella a consecuencia de su educación al logro de la satisfacción, no es necesariamente exterior al sujeto, puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro.¹

Este objeto, ausente en el punto de partida de la pulsión, es, sin embargo, el que inscribe al sujeto en una estructura diferencial del orden de su necesidad, y se define por la intersección de la pulsión con la diferencia sexual. Por lo tanto, es un objeto sobredeterminado. En otras palabras: es el Edipo el que determina un objeto para la pulsión. La elección del objeto de la sexualidad humana apela a esa movilidad interior, infinitamente compleja, que es precisamente lo propio del ser humano.

La homosexualidad cuestiona en la conciencia de las personas la identidad de su ser hombre o mujer. La propia sexualidad del homosexual introduce un desequilibrio, ese desequilibrio amenaza la vida en cuanto cuestiona la experiencia contradictoria de la interdicción y de la transgresión; en cuanto se juega en un campo distinto del de lo Natural.

* Este es el primero de una serie de ensayos sobre la homosexualidad, donde se incluye uno sobre la homosexualidad femenina que publicaremos posteriormente.

¹ Freud Sigmund "Pulsiones y destinos de pulsión", 1915, en *Obras Completas*, vol. XIV. Amorrortu Editores, Argentina, 1979 (en adelante refiero a esta edición y abrevio: O.C.).

También simboliza el drama del hijo en el escenario edípico; trasluce el drama de la rivalidad de los padres, la lucha de los sexos, el antagonismo entre hombre y mujer, y por qué no decirlo, la muerte del padre como venganza retaliativa que el hijo le infiere por la imposibilidad de acceder a una identificación (o Ideal) que lo introduzca en la ley normativizante de los intercambios.

Parece claro que Freud se esforzó en describir metapsicológicamente la continuidad y discontinuidad que existe entre el sujeto normal y el homosexual. En la 20a. Conferencia nos dice:

La pretensión de excepcionalidad de los homosexuales o invertidos cae por tierra tan pronto comprobamos que en ningún neurótico faltan mociones homosexuales y que buen número de síntomas expresan esta inversión latente. Los que se autodenominan homosexuales no son sino los invertidos conscientes y manifiestos, cuyo número palidece frente a los homosexuales latentes. Ahora bien, nos vemos precisados a considerar la elección de objeto dentro del mismo sexo como una ramificación regular de la vida amorosa, ni más ni menos, y cada vez más aprendemos a concederle particular importancia. No por ello, claro está, se cancelan las diferencias entre la homosexualidad manifiesta y la conducta normal; su significación práctica persiste, pero su valor teórico se reduce enormemente.²

De hecho, Freud aborda el tema de la homosexualidad de manera un tanto fragmentaria a lo largo de su obra. Curiosamente, lo hace siempre ligada a la perversión, donde trata de marcar su desigualdad, sin evitar, por ello, igualarlas de alguna manera. Contradicción interesante, más si relacionamos esas primeras aproximaciones centradas en la coexistencia en el seno de la homosexualidad: del narcisismo, el Edipo y el objeto de la pulsión (y ya no simplemente de la pulsión anal) con la teoría de la castración, se van al fondo los planteamientos que pretenden circunscribir la homosexualidad en el ámbito de lo proscrito o patológico: ya como síntoma, como defensa, o como puramente una desviación del desarrollo libidinal.

Por lo tanto, el propósito de este trabajo es desarticular y rearticular en otro contexto las piezas de ese mundo de erotismo, violencia y reivindicación de una elección de la que el sujeto no es culpable, sino consecuencia. Es decir, intentaré demostrar que la homosexualidad es una

² "20a. Conferencia: La vida sexual de los seres humanos", 1916-1917, O.C., XVI, p. 281.

desesperada tentativa por superar el temor a perder el propio sexo en el intento por conseguir el otro. En otras palabras, de superar el drama edípico que precede al sujeto y que lo amenaza con obturarle el acceso a ser sujeto deseante.

El lugar sin límites de la homosexualidad se refiere a que es imposible y hasta riesgoso ubicarla dentro de alguna de las entidades clínicas establecidas por el psicoanálisis; el riesgo es poner en cuestión la concepción misma de la constitución de la subjetividad. Más bien, propongo pensarla dentro de una inversión conceptual. Es decir, acepto que existen personas homosexuales histéricas, obsesivas, fóbicas, hipocondriacas, psicósomáticas, etc., y que es precisamente a partir de estas estructuras que manifiestan su ser homosexual.

Deliberadamente excluyo la psicosis, pues requiere un tratamiento diferencial a la neurosis y a las problemáticas polimorfas.

Aportes freudianos

En 1897, en el Manuscrito M. Freud se refiere al elemento que se dirige propiamente a la represión. Su sentido, en el campo de la teoría de la homosexualidad, es de gran importancia:

Se llega a la conjetura de que el elemento genuinamente reprimido es siempre el femenino, y ello se corrobora por hecho de que tanto las mujeres como los varones entregan más fácilmente las vivencias que tuvieron con mujeres y no con hombres. Lo que los hombres en verdad reprimen es el elemento pederástico.³

En ese mismo año, el 15 de octubre, comunica a Fliess su temprano descubrimiento del Edipo, lo que desembocaría en los años 1930 en la sistematización de la sexualidad masculina y femenina, y en el complejo de Edipo como eje privilegiado de la constitución del sujeto del inconsciente y en la orientación del deseo.

Con la descripción completa del complejo de Edipo, Freud puede explicar la ambivalencia hacia el padre (en el niño) y hacia la madre (en la niña) por la interacción de los componentes heterosexuales y homosexuales.

³ "Manuscrito M", 25 de mayo de 1897, O.C., I, p. 282.

A partir de esto y desde ahora puedo indicar que si el componente homosexual es parte constitutiva de la complejidad de la experiencia edípica (un tipo particular de elección de objeto, esto es, un objeto homosexual), se debe a que es la única vía resolutive por la que el sujeto pudo optar. La cuestión aquí sería determinar si esta resolución es en sí misma patológica o si más bien se trata de una de las distintas posiciones adoptadas por el sujeto en la asunción y superación de su Edipo.

En 1905, en *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud aborda nuevamente la cuestión, cuyo texto tuvo un impacto decisivo sobre la concepción de la sexualidad y fundamentalmente sobre la homosexualidad y la perversión. Sin embargo, esta obra revela la serie de contradicciones y callejones sin salida a que conducen las hipótesis ahí planteadas, justamente por la dificultad de Freud para pensarla desvinculada de la perversión. Desde el título del capítulo donde desarrolla sus concepciones: "Las aberraciones sexuales", no deja de sugerir que se trata de una marca del contexto histórico dentro del cual se inscribe. De aquí en adelante siempre se referirá al tema de la perversión y la homosexualidad como dos tramas que van de la mano. Sin embargo, no deja de enfatizar en las profundas diferencias que existen entre ambos. Podría decir, entonces, que los *Tres ensayos* constituyen una extensión de la perversión y la homosexualidad a toda la sexualidad humana. También podría afirmar que aquí radica su primera gran contradicción. Para Freud la perversión, a diferencia de la homosexualidad, queda suscrita clínicamente a una específica psicopatología psicoanalítica. Esto no sucede con la homosexualidad. Veamos el texto:

La fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades —macho y hembra— que aspiran a reunirse de nuevo en el amor se corresponde de maravilla con la teoría popular de la pulsión sexual. Por eso provoca gran sorpresa enterarse de que hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer, sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la mujer (...) El número de esas personas es muy elevado aunque es difícil averiguarlo con certeza.⁴

En una nota agregada en 1915, Freud indica:

La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos(...) sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo,

⁴ "Tres ensayos para una teoría sexual", 1905, O.C., VII, p. 124.

y aún lo han consumado en el inconsciente. Por otra parte, los sentimientos libidinosos en vinculación con personas del mismo sexo no desempeñan escaso papel como factores de la vida sexual, y ese papel es mayor que el de los dirigidos al sexo opuesto en cuanto motores de la contracción de neurosis.⁵

Las puntualizaciones que hace Freud en este texto permiten entender las definiciones con las que el tema es tratado. Dichas definiciones se hacen más complejas en determinados periodos y grados de desarrollo de la teoría en cuestión. Por lo tanto, si se toma cada una de ellas en la parcialidad, arrojaría en una sola unidad teórica un texto pleno de contradicciones. La homosexualidad se define por:

1. La disposición bisexual.
2. Las perturbaciones que afectan a la pulsión sexual en su desarrollo relativo a la evolución libidinal del sujeto y la retención de la importancia erótica de la zona anal.
3. Las tempranas fijaciones infantiles a las imágenes parentales.
4. La elección narcisista del objeto.
5. La frustración (el amedrentamiento sexual temprano) vinculada con la amenaza de castración.

El complejo de Edipo es el eje privilegiado que permite ordenar y dar coherencia a estas definiciones. En efecto, estamos ante la correlación que existe entre el Edipo y los representantes de la pulsión; el Edipo entendido como la operación por la cual estos representantes se integran a la organización libidinal. Y la integración libidinal confluye en un sistema de identificaciones que a su vez determina la elección del objeto de la pulsión. Es en el interjuego de las relaciones edípicas que se construye un destino identificatorio y pulsional. En otras palabras, el Edipo concierne a la organización sexual del sujeto y, en este sentido, es un complejo relativo a la evolución libidinal cuyos avatares deciden el destino de las fijaciones y evoluciones.

Freud mantiene una postura ambigua a pesar del contrasentido por demás obvio que surge de estos planteamientos. En "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci" dice:

la investigación psicoanalítica ha aportado, para el entendimiento de la homosexualidad, dos hechos exentos de toda duda (...) El primero es la ya mencionada fijación de las necesidades amorosas a la madre; el segundo, se expresa

⁵ *Op. cit.*, p. 132.

en la tesis de que todas las personas, aun las más normales, son capaces de elección homosexual de objeto (...) Estas dos comprobaciones ponen fin tanto a la pretensión de los homosexuales de ser reconocidos como un "tercer sexo" cuanto al distingo, supuestamente significativo, entre homosexualidad innata y adquirida.

Más adelante añade:

lo que por razones prácticas se llama "homosexualidad" acaso provenga de múltiples procesos de inhibición (...) Tampoco podemos rechazar la cooperación de factores constitucionales desconocidos, de los cuales suele derivar la homosexualidad en su conjunto.⁶

La idea es cercana a la de una inhibición orgánica ligada al abandono de antiguas zonas sexuales, postulada por Freud en la carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897. Una primera conclusión que parece imponerse es que Freud propone una concepción filogenética junto a una concepción ontogenética de la homosexualidad.

Freud insiste en hacer coincidir el complejo de castración, la organización libidinal y la predisposición orgánica en el origen de la homosexualidad. En 1931 dice que efectivamente es el complejo de castración el que provoca en el varón el menosprecio por la mujer.

A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva.⁷

Una segunda conclusión que extraigo de todo esto, es que Freud incorpora la homosexualidad a una detención en el desarrollo de la pulsión sexual en las etapas evolutivas pregenitales. Sin embargo, las fijaciones son efectos de las vicisitudes del desarrollo libidinal, es decir, de la organización de los representantes-representativos de la pulsión. La evolución libidinal no es la causa última de la dialéctica edípica. Es erróneo considerar a dicha evolución como determinada por la maduración corporal o por factores constitucionales. Conciérne al Edipo la organización sexual del sujeto y, en este sentido, es un complejo relativo a la evolución libidinal cuyos avatares deciden el destino de las fijaciones y las regresiones. En otras palabras, la pareja falo-castración organiza la sexualidad y, por ende, organiza el objeto de la pulsión. Y es así como el

⁶ "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci", 1910, *O.C.*, XI, p. 92-94.

⁷ "Sobre la sexualidad femenina", 1931, *O.C.*, XXI, p. 231.

objeto que originalmente no está enlazado a la pulsión termina enlazándosele.

Pero las cosas se vuelven más complejas cuando Freud introduce el narcisismo, el Edipo y la castración en el centro mismo de la problemática homosexual masculina. Se sabe que la estructura narcisista es la que decide, finalmente, el destino de la pulsión en lo que hace a su fin, tanto como en lo que hace a su objeto. Fundamentalmente, porque el desarrollo del yo recorre las etapas del autoerotismo, del narcisismo, antes de orientarse a una posición propiamente objetal. Inicialmente, el objeto es el propio yo antes de ser el otro, porque en el momento de constituirse el otro como objeto sexual, éste puede estar determinado por el modelo de la semejanza al yo (homosexualidad) o el de la diferencia del yo (heterosexualidad). La estructura narcisista es, pues, la responsable de que el objeto termine siendo la misma fuente, que el objeto sea el mismo sujeto, su propio cuerpo. Narcisismo cuya función es la de establecer una primera síntesis pulsional, cuya función es articular las pulsiones parciales en una unidad fundante.

Freud es puntual a este respecto. En su escrito "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", centra la problemática en dos hechos fundamentales:

El primero, que los hombres homosexuales han experimentado una fijación particularmente fuerte a la madre; el segundo, que todos los normales, junto a su heterosexualidad manifiesta, dejan ver una cuota muy elevada de homosexualidad latente o inconsciente. Y cuando se ha tomado en cuenta este descubrimiento, no ha sido para abonar el hecho tempranamente, de que la mujer no posee pene (...) como poderoso motivo para la elección homosexual de objeto, la deferencia por el padre o la angustia frente a él, pues la renuncia a la mujer tiene el significado de "hacerse a un lado" en la competencia con él (o con todas las personas de sexo masculino que hacen sus veces). Estos dos últimos motivos, el aferrarse a la condición del pene así como el hacerse a un lado, pueden imputarse al complejo de castración. Vínculo con la madre, narcisismo, angustia de castración: he ahí los factores (...) en la etiología psíquica de la homosexualidad, y a ellos se suma todavía la influencia de la seducción, culpable de una fijación prematura de la libido, así como la de un factor orgánico, que favorece la adopción de un papel pasivo en la vida amorosa.⁸

⁸ "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", 1920, O.C., XVIII, p.144-145.

Señalo brevemente tres ejemplos que da Freud acerca de la predisposición a la homosexualidad masculina. En Leonardo nos habla de una ligazón erótica muy intensa con la madre, favorecida por la hiperternura, o sea la seducción de ésta sobre el niño, y sustentada, además, por la ausencia del padre. Nos habla entonces de un hijo unido a la madre en una vinculación erótica o incestuosa en la que queda excluido del vínculo paterno-filial. El horror al incesto y al castigo correspondiente lo lleva a reprimir el amor a la madre, represión que se consigue a costa de identificarse con ella y a tomar a su propia persona como el modelo de objeto de amor. Así se ha vuelto homosexual y halla sus objetos de amor por la vía del narcisismo.⁹

El "Dostoievski" se refiere a una homosexualidad masculina latente o reprimida causada por la angustia frente al padre que vuelve inadmisibles el odio a él. Si el padre es duro, violento, cruel, el super-yo toma de él esas cualidades, deviene sádico y el yo deviene masoquista, es decir, en el fondo femeninamente pasivo. Cada castigo representa la castración y como tal el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre, y el destino mismo no es en definitiva sino una tardía proyección del padre.¹⁰ El hijo es aquí seducido y simbólicamente violado por el padre. El parricidio representa la defensa del hijo contra su propio sometimiento homosexual y pasividad masoquista frente al padre.

En el "Hombre de los lobos" destaca la fijación al padre y la coexistencia de tres aspiraciones sexuales que tienen como meta pasiva al padre; se trata del mismo objeto y de idéntica moción sexual. Haber nacido del padre; ser satisfecho sexualmente por él, parirle un hijo, y hacerlo renunciando a su virilidad y en el lenguaje del erotismo anal.¹¹ El hijo no quiere trasmutar su sexo por el sexo opuesto, sino que desea tener también los atributos procreativos de la mujer. No hay una rivalidad del hijo con el padre ligada a la fantasía de incesto con la madre, sino más bien un antagonismo entre padre e hijo como reflejo de una situación de oposición-homosexual, en el sentido de la lucha violenta entre hombres, para dominarse uno a otro y poseerse uno al otro.

⁹ *Op. cit.*, p. 92-94.

¹⁰ "Dostoievski y el parricidio", 1928, *O.C.*, XXI, p. 181-182.

¹¹ "De la historia de una neurosis infantil", 1918 y 1914, *O.C.*, XXII, p. 60-61.

En los tres casos presentados se desprende el hecho de que en la homosexualidad masculina, ya sea latente o manifiesta, la ordenación edípica del hijo como tercero excluido es estructurada de forma diferente, adjudicando ya a la madre, ya al padre, el papel de tercero excluido. Como ya he señalado en otro lugar, es necesaria la intervención del padre como tercero que media la relación del hijo con la madre y de la madre con el hijo, para que se opere el pasaje de la estructura narcisista a la estructura edípica.

Que la oposición fálico-castrado no sólo es constitutiva de la masculinidad, sino que se presenta como una alternativa entre padre e hijo, gobernada por la posesión y la privación del objeto que se disputan (...) Es así que la relación intersubjetiva entre padre e hijo queda sellada con la impronta de la violencia y la rivalidad (...) Y finalmente, que el padre resulta ser el representante, la encarnación de una función simbólica (...) que permite transformar el conflicto fundamental de la rivalidad con éste, y dar acceso al amor de la madre y a los goces pacíficos.¹²

En los tres ejemplos citados queda claro que el padre está dislocado de su lugar como modelo de identificación: ya sea por su ausencia que deja al hijo sometido y librado al deseo de la madre; ya sea por su presencia en dos versiones: 1) un padre agresivo y rival que expresa la lucha contra el hijo, y 2) un padre sometido a la madre que le impide al hijo romper con su alianza homosexual.

En el fondo del asunto, sin embargo, tenemos dos elaboraciones posibles del complejo de Edipo directo, normal, cuyo destino es la homosexualidad masculina: a) la rivalidad con el padre que lleva al niño a identificarse con la madre que dicta la ley al padre y triunfa sobre él, y b) la no rebelión del hijo que asume el significado del sometimiento homosexual pasivo frente al padre sádico. El destino identificatorio y pulsional está así determinado por la concepción del hijo en el escenario de la secreta lucha entre los padres, en el juego de las rivalidades y envidias entre padre y madre por el hijo. Frente a esto, el niño opta por una elección de objeto narcisista como única vía posible de escamotear la amenaza de castración y el consiguiente peligro para el yo. En otras palabras, frente a la tensión narcisista con el padre fundante, la homosexualidad

¹² Torres Arias, Ma. Antonieta, "Castración simbólica: ¿realidad o mito?", ponencia presentada en el IV Simposium del CPM, 1989.

se presenta como la condición para entrar en otro vínculo narcisista que le dé acceso al erotismo con un "otro".

Notas para una síntesis

Este recorrido por los aportes freudianos al tema de la homosexualidad masculina hace evidente que no puede ser comprendido y abordado en forma unívoca. También pone en evidencia que la distinción que se pretende hacer entre el homosexual pasivo y el activo, el homosexual de objeto o el de sujeto, no bastan para dar cuenta de la complejidad de esta condición. Tampoco queda claramente delimitado lo que es normal de lo que es patológico. Para el mismo Freud, el homosexual no constituye un tercer sexo, ni es en sí mismo anormal, puesto que para él el componente homosexual es parte constitutiva de la sexualidad infantil, y ésta es finalmente orientada y determinada por las identificaciones y los objetos que proporciona el complejo edípico.

El sujeto es homosexual antes de ser obsesivo o histérico. Dicho de otra manera, considero que la elaboración del narcisismo secundario (edípico) conduce precisamente a la consolidación de las identificaciones edípicas cuyo saldo, en este caso, es una estructura homosexual a la que si no se le sobrepone, sí se le entrecruza una modalidad clínica específica. Si esto no fuera así, entonces pregunto, ¿por qué Freud tendría que decir, en referencia a la curabilidad de la homosexualidad, que no consiste en solucionar un conflicto neurótico, sino en transportar una variante de la organización genital a otra?¹³

El mismo Lacan concuerda al decir que el homosexual masculino llega al tercer tiempo del Edipo, pero lo que perturba su desarrollo es que la madre introduce una inversión de la legalidad, en tanto que dicta la ley al padre: la madre está en posición de tener el falo, y el padre no lo tiene. El análisis de los homosexuales pone siempre de manifiesto, concluye Lacan, la identificación imaginaria con el falo.

En esta misma línea, señalaré que si nos referimos al homosexual neurótico estamos planteando, de entrada, que se trata de un sujeto que

¹³ "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" 1920, O.C., XVIII, p.144.

accedió a la estructura edípica, cuyo narcisismo —secundario— se enlazó a la síntesis pulsional que lo introdujo en la genitalidad; por lo tanto, que accedió al deseo y a la dimensión de la prohibición y del castigo.

La cuestión, entonces, es dilucidar el sentido de la elección de objeto narcisista en el que, en todo caso, la castración aparece como causa.

Freud es muy claro al decir que depende de la sublimación y del Ideal del yo la manifestación última de la pulsión sexual. También es muy claro al reconocer el Ideal del yo como la identificación que soporta toda elección de objeto que propicia la organización de las pulsiones —investiduras de objeto— activas y pasivas, tiernas y rencorosas, heterosexuales y homosexuales.¹⁴ Por lo tanto, es una identificación que otorga una identidad sexual. Esto quiere decir que va a depender de la posibilidad del niño de identificarse con un rasgo ideal del padre para que el ideal sustituya al padre como objeto de ambivalencia.

Si el niño ve coartado su acceso a una identificación ideal con la imago paterna, debido a que la intervención de éste en el complejo de Edipo no cumple con la exigencia de proporcionar una idealización que permita la renuncia narcisista del yo ideal, el varón, por una parte, se queda fijado al padre como objeto de la catexis y, por otra, abandona los fines sexuales por la vía de la transformación de esta libido objetal en libido narcisista, como salvaguarda de su falo frente a la angustia de castración.

Al fallar en su función, el padre es el primero en transgredir la ley que le corresponde representar: la del intercambio, la que promete y compromete al sujeto a la exogamia. Esto es lo que los casos de Freud ponen claramente de manifiesto, pues el padre se queda con el hijo o bien lo abandona a la madre. Es así que el homosexual no hace otra cosa que desconocer el mandato de otorgar el pene a la mujer, que le permitiera a ésta realizar la equivalencia simbólica niño-pene, y el de parirle un hijo al padre como confirmación narcisista de su masculinidad. Al hacer un corte en la cadena generacional, el homosexual realiza la muerte simbólica del padre. En otras palabras, la homosexualidad masculina representa la hostilidad y venganza del hijo contra ambos progenitores, culpables finalmente de un filicidio también simbólico.

El homosexual masculino no transgrede la ley de la prohibición del

¹⁴ Cf. *Tótem y tabú*. Algunas concordancias en la vida animica de los salvajes y los neuróticos, 1913, *O.C.*, XIII.

incesto, sino que más bien la interroga al invertir la legalidad parental precisamente con su sometimiento. Mediante la negación a la procreación, el hijo enfrenta al padre a la angustia de muerte más dura y difícil de aceptar: la angustia de castración de éste frente al padre. Con su renuncia al hijo transgrede la ley normativizante de los intercambios; por ello amenaza la ley impuesta por la cultura. ¿Acaso el homosexual no nos recuerda que, como hombres, estamos condenados a la frustración, a la soledad y a la muerte?

En el marco de estos planteamientos y para terminar de aclarar el problema de la definición de la homosexualidad masculina, puntualizaré que ella es una estructura en la que:

1.- La falla estructural se da en el nivel de la identificación secundaria en la articulación del Super Yo Ideal del yo.

2.- Hay un fracaso en la resolución del complejo paterno, último estado del complejo de Edipo.

3.- No hay renegación de la castración —renegación del falo materno como en la perversión— sino evitación de ella por la vía de una elección narcisista de objeto como única posibilidad de evitar el incesto con cualquiera de los dos progenitores. Al elegirse a sí mismo, cuestiona los legados parentales, pues se descoloca del lugar del falo de la madre y del de la reivindicación narcisista de la falicidad del padre.

4.- La valencia libidinal queda determinada por la no renuncia al falo. El sujeto queda atrapado en una dealización de sí mismo, es lo que Lacan llama la identificación imaginaria con el falo.

5.- La homosexualidad es una resolución estructural de la dimensión intersubjetiva del sujeto. Una resolución particular de la matriz combinatoria edípica.

Sorprende que aún hoy en día se siga insistiendo en que la homosexualidad es en sí misma una perversión. Pero sorprende aún más que sean algunos psicoanalistas los que sostienen este discurso. Cuando la experiencia clínica ha demostrado que existen perversos heterosexuales y homosexuales, y heterosexuales y homosexuales fóbicos, histéricos, obsesivos, es decir neuróticos. Insisto en que la patología no está en la homosexualidad —a menos que aceptemos que la patología está también en la heterosexualidad— sino en cómo ésta se manifiesta en las diferentes estructuras neuróticas.

Finalmente, si como dice Freud todos llevamos en nuestro ser el componente homosexual, tendríamos que preguntarnos sobre la marginación que hacemos de los homosexuales en lo social-cultural, legal e

institucional, e incluso, su exclusión de la formación como psicoanalista, siendo que el homosexual —hombre o mujer— vive el drama de la existencia humana como cualquier otro neurótico, y que su homosexualidad no es sino el resultado de las vicisitudes experimentadas en su acceso a ser un sujeto deseante.

